

Los ánimos de la gente,  
 El problema que el Congreso  
 Tiene en sus manos pendiente  
 De si aprueba los tratados  
 O la guerra se sostiene.  
 Unos ensalzan del yankee  
 La pujanza omnipotente,  
 Y dicen: contra titanes  
 No es posible sostenerse.  
 Y eran viles cortesanos  
 Que hondas congojas padecen  
 Por la ausencia de los goces  
 Que en la hermosa ciudad tienen.  
 Otros lanzando centellas  
 Las batallas apetece  
 Y matan de ciento en ciento  
 Con un soplo á los *godemes*;  
 Bombas, asaltos, degüellos  
 De los grupos se desprenden,  
 Entre el humo del cigarro  
 Y el olor del aguardiente.  
 La casa de diligencias  
 En altos próceres hierve:  
 Pedraza, Godoy, Cardoso,  
 En discursos elocuentes,  
 De la paz y de la guerra  
 El pro y el contra sostienen.  
 Pero está abierto el Congreso  
 Y la discusión fenece;  
 Cesa el ruido de las calles,  
 Silencio impera solemne,  
 Y las plazas y mercados  
 En desiertos se convierten.

1895.

## ROMANÇE DE SORPRESA

EN QUE SE PRUEBA,

QUE CAMBIEN LOS ANGELES DAN DE ALECAZOS.

I.

En silencio está el Congreso  
 Y de pie los diputados  
 Esperando la protesta  
 De un representante extraño,  
 Cura del Paso del Norte,  
 Por su virtud afamado,  
 El cabello como de oro,  
 Su tez como de alabastro,  
 Los ojos de azul de cielo  
 Modestos y sosegados;  
 Vestía negra levita,  
 El alzacuello ajustado,  
 Sin bastón, sin distinciones  
 Y como vulgar paisano.

Quién es? pregunté curioso  
 A un mi amigo su paisano.  
 Ese humilde sacerdote  
 Es de virtudes dechado,  
 Héroe por el patriotismo,  
 Por sus costumbres un santo:  
 Es delicia de los niños,  
 Es de los pobres amparo,  
 De las vírgenes escudo,  
 De los que sufren descanso;  
 Viste en su tierra sencillo  
 Como los hombres del campo,  
 Ni sobrinas ni parientes  
 Habitan en su curato,  
 Al enfermo tierno asiste,  
 Sin cuidarse de su rango;



Sisa su pobre comida  
 Para dar al desgraciado,  
 Conjura en los matrimonios  
 Los negros desaguizados,  
 Y te aseguro, le adoran  
 Las muchachas y muchachos.  
 Por que alienta lo que es bueno,  
 Y hábil obstruye lo malo;  
 Mas do se muestra sublime  
 Y como del cielo enviado  
 Es recorriendo el desierto  
 En su arrogante caballo  
 Emulo del viento mismo  
 Y ardiente como el relámpago:  
 Allí afrontando las iras  
 De los comanches más bravos,  
 Ya astuto, ya valeroso,  
 Los convierte en indios mansos,  
 Y engrosa su santo fuego  
 El redil de los cristianos.

## II.

## LA INVASIÓN.

En su lecho de dolores  
 Está la bella Chihuahua,  
 La Ninfa de las llanuras,  
 La reina de las montañas,  
 A la que el desierto augusto  
 Humilde besa las plantas  
 Y los vastos horizontes  
 La embellecen y engalanan;  
 Y está postrada y enferma  
 Porque en perpetua batalla  
 El invencible comanche  
 Traidor hiere sus entrañas;  
 No hay en sus campos sembrados  
 Ni ganado en sus estancias;  
 Huye del hombre el trabajo,  
 Y el contento de sus damas:  
 Guardan lúgubre silencio  
 Caminos, calles y plazas  
 Cuando se sabe de cierto  
 Que el salvaje el Bravo pasa  
 Y forma del yankee fiero  
 La turbulenta vanguardia.

Angel Trias gobernaba,  
 De alto temple y de grande alma;  
 Se yergue y con voz de trueno  
 Grita impávido ¡á las armas!  
 Y como tromba en los mares  
 El heroico pueblo se alza,  
 Radiando su noble frente  
 Con el amor de la patria.  
 Una expedición alista  
 Heredia y á Ponce manda  
 Quien sufre fatal derrota  
 Por torpeza ó por desgracia.

Pero así cual campesinos  
 Corren de un cerro á la falda  
 A poner macizos diques  
 A la corriente que baja  
 E invade sus cementeras  
 Y sus chozas desbarata,  
 Más que sobre las barreras  
 Furioso el torrente salta,  
 Y otra vez y otras cien veces  
 Con afán su curso atajan,  
 Y á cada óbice destrozan  
 Con nuevo empuje las aguas,  
 Así la invasión contienen,  
 Así su furor atacan  
 Los heroicos chihuahuenses  
 Que á cada revés se inflaman  
 Y ofrecen su sangre toda  
 Para salvar á la patria:  
 Los derriba la derrota  
 Y la esperanza los alza  
 Como flexibles arbustos  
 Que el huracan anonada;  
 Y cuando se creen en tierra  
 Las frentes soberbios alzan.

Al fin triunfantes los yankees  
 Casi tocan en Chihuahua;  
 Ya pasaron Encinillas,  
 Ya en el Sauce se instalan,  
 Y al cabo del Sacramento  
 Hacen campo de batalla.

Los nuestros ven á su frente  
 De Trias la invicta espada,  
 Que sus bienes y fortuna



Da generoso á su patria,  
 Prodigándole su vida  
 Que ínclitos hechos ensalzan.  
 De Don Pedro García Conde  
 Se admira la cauta marcha  
 Con su grupo de dragonés  
 Que temerarios avanzan.

Y la figura de Heredia  
 Entre filas se destaca,  
 Desafiando los peligros  
 Con resolución y calma.  
 Al pie de elevado cerro  
 Se hace horrible la matanza;  
 Ruedan hombres y caballos,  
 Aúllan en alto las balas,  
 Corre la sangre á torrentes,  
 Y ayes, gritos, algazara  
 De dolor, de rabia y muerte  
 Entre la humareda estallan.

Mas, ¿quién es ese que gira  
 En medio á tanta desgracia,  
 Auxiliando moribundos,  
 Curando heridos con ansia,  
 Con desprecio del peligro,  
 Con caridad sobrehumana?  
 Es el Cura Ortiz, el Santo;  
 A quien padre todos llaman,  
 Que parece indiferente  
 Al horror de la batalla,  
 Y que cura, ampara, acoge  
 Al que en el lecho se arrastra,  
 Y empapa la ingrata tierra  
 Con su sangre y con sus lágrimas:  
 En tanto á su ministerio  
 Empeñoso se entregaba,  
 Seguía las peripecias  
 De la lucha encarnizada:  
 Ya está quieta la bandera,  
 Ya retrocede, ya avanza;  
 Y él inquieto la contempla  
 Y se abate ó se entusiasma:  
 Al fin mira con espanto  
 Que los nuestros se desbandan,  
 Y los arrollan los yankees,  
 Y nuestra bandera ultrajan;

Entonces ciego de enojo  
 Un brioso corcel atrapa  
 Y con ímpetu sublime,  
 De un cristo su diestra armada,  
 Audaz congrega á los nuestros  
 Se coloca á su vanguardia  
 Y tremendo, incontenible  
 Al enemigo avasalla,  
 Hasta que al fin la derrota  
 Fuera del campo le lanza,  
 Dejando entre los contrarios  
 Asombro de sus hazañas,  
 El oscuro y silencioso  
 Emprende su retirada;  
 Y sigue inapercibido  
 Sus tareas cotidianas.

EL DIPUTADO.

Al noble cura del Paso  
 Recuerdan los chihuahuenses  
 Al elegir diputados  
 Que su confianza merecen  
 Y que la paz ó la guerra  
 Con su conciencia decreten;  
 Y al Padre Ortiz se le nombra;  
 Y á Querétaro obediente  
 Llega, do á los de la guerra  
 Se une y la guerra sostiene.

En el deber empeñado  
 Fué mudo y atento siempre,  
 Y una vez, una vez sola  
 Que á Nuevo México ofenden,  
 Se levantó en la tribuna  
 Y sin poder contenerse  
 Gritó que tengan honores  
 Los que á su tierra defienden.  
 ¿Qué no veis que hasta los huesos  
 Aquí de sus padres venden?  
 Y era su voz un gemido,  
 Terror de la misma muerte.

III.

OFERTA Y REPULSA.

Venerando el grande Arista  
 Del padre Ortiz el renombre,



Le propuso excelsos puestos,  
Le quiso colmar de honores.

Y él todo lo despreciaba  
Por su curato del Norte,  
Y cuando rechazó un día  
Ciertas pingües comisiones,  
Le recordó el gobernante  
El Sacramento y su porte;  
Pero él con ingenua calma  
Dijo: *aquel que desconoce  
Su honor como mexicano  
Y sus sentimientos de hombre,  
Es un vil, fuere el que fuere,  
Y más vil si es sacerdote.*

Y así tornó el padre santo  
A su curato del Norte,  
Donde le aman con ternura  
Y llenan de bendiciones.

¿Yo digo, habrá muchos padres  
Como Ortiz en esta corte?

GRANDE  
Y DOLOROSO ROMANCE DEL  
TRATADO DE PAZ.

I.

LA ACADEMIA.

Es un óvalo mezquino  
Con una bóveda obtusa,  
Que más que techo parece  
Una concha de tortuga;  
Es un enorme intestino  
Que por anómala incuria  
Se abandonó á flor de tierra,  
Baldón de la arquitectura;  
Es conato de galera,  
De iglesia irrisión y burla  
Y de gran salón parodia  
Por su plebeya figura;  
Son sus paredes macizas,  
Y por un lado en la altura  
Trepadas unas ventanuas  
Que indolentes disimulan  
La entrada de las tinieblas  
A un fondo de sepultura.

Contra la pared se ostentan  
Tres sendas toscas y curvas  
Que con grandeza la ciñen  
Con su forma de herradura.

Si en el pavimento hay losas  
Piedras ó tierra, se duda,  
Pues las quebras y barrancas  
En su superficie abundan.